

ÍNDICE

Prólogo	
<i>Antonio Moreno</i>	IX

PRIMER PREMIO

En el Alféizar	
<i>Julio Leiva Díaz</i>	1

ACCÉSIT AL ESTUDIANTE UNED

Cuatro invitaciones para un daimon	
<i>Ignacio Caballero García</i>	35

SELECCIONADOS PARA SU PUBLICACIÓN

Cae la luna como nieve	
<i>Santiago Trancón Pérez</i>	55
Laberinto	
<i>Sergio C. Fanjul</i>	77
Ansiedad	
<i>Ramón de Aguilar Martínez</i>	99
Tierras de azúcar	
<i>David Urgull</i>	125

Para Ginger, Flash y Aidaly

La encontré normal, su cara, una como hay millones. Bizqueaba pero eso no lo supe hasta más tarde. A través de la mirilla no pude definir si era guapa, si lo había sido en algún momento, o si podría llegar a serlo. Antes del accidente en el taller ni siquiera hubiese dudado. Eres fea, hubiese dicho para mí, y luego le hubiera abierto la puerta y le habría preguntado qué quieres, con la mejor de mis

sonrisas. Pero ahora no podía hacer eso. Ahora el feo era yo.

Coincidió que ella vino a tocar a mi puerta cuando estaba sentado en el alféizar de la ventana de mi cuarto, dándole vueltas a la idea de si iba a ser capaz de llegar hasta el suelo del patio sin llevarme por delante los tendederos y los tejadillos de aluminio de los diez pisos que tenía por debajo, tan próximo a la ventana del piso de enfrente, que de haber estirado la mano hubiese podido tocar el cristal con la punta de los dedos.

Un destornillador. Ella había interrumpido mi salto para pedirme un destornillador, o un cuchillo de punta roma, cualquier cosa que le sirviese para desmontar un mueble que no le cabía en el ascensor. Era mi

nueva vecina de enfrente, me dijo desde el otro lado de la puerta, y resulta que había elegido aquella mañana para mudarse. Amo las herramientas. Hasta que aquel motor me explotó en la cara me gané la vida con ellas. Tengo una enorme caja llena, entre otras cosas, de destornilladores de todos los colores y tamaños, pero le dije que no tenía, sin atreverme a abrir la puerta, observando su pequeña figura por la mirilla. Después comenzó a subir cientos de cajas y bolsas en el ascensor, incansable. Trabajaba como una hormiga, arrastrando lo que no podía levantar del suelo. El alféizar de la ventana de mi cuarto me esperaba, pero yo era incapaz de despegar el ojo de la mirilla, asombrado por el tesón de aquella mujer liliputiense. Entre

todos aquellos bultos me pareció distinguir un trasportín de los que se usan para llevar animales.

Cuando ella terminó, volví a mi cuarto. Apoyé los codos en el alféizar y clavé mi vista en el suelo de terrazo del patio, que desde el decimoprimer piso se veía como una piscina de aguas rojas. No era muy elegante la idea de estamparse en un patio interior, lo sé, pero era la única manera de conseguir que el número de personas que me viese el rostro se limitara a unas pocas. Mientras pensaba en todas aquellas cosas, mi nueva vecina no paraba de arrastrar sus muebles y de dar golpes. Me asombró la capacidad de armar escándalo que poseía, siendo tan pequeña. Daba la impresión de que hubiese

toda una cuadrilla de albañiles trabajando en el apartamento. Las dos casas —esto también lo averigüé después— están distribuidas de tal manera que tras la pared de mi salón se encuentra su cuarto, y pegada a mi cocina está su salón. La ventana que puedo tocar con la mano desde mi alféizar es la de su cuarto de baño, donde ella entró precisamente para tomar una ducha en el instante en el que yo estaba a punto de saltar por segunda vez en el día. Me escondí tras las cortinas y contemplé su pequeña silueta a través del cristal fragmentado. Estuve allí hasta que acabó, con la cortina acariciándose el rostro, viendo cómo se enjabonaba el pelo. Ya no estaba en vena, y decidí aplazar el salto para otro momento.

Al día siguiente se levantó muy temprano, a eso de las seis. La escuché arrastrar los pies hasta la cocina y dar unos golpes en el suelo con un objeto de plástico lleno de pienso. Al poco, sonaron unos maullidos. Flash, lindo, cómetelo todo. Después entró en el baño y dio un buen golpe con la tapa del váter en la pared al levantarla. Escuché el largo chorro, y después la cisterna, que se quedaba enganchada y perdía agua. Luego se metió en la ducha. Pensé entonces —y también lo pienso ahora— que todos aquellos ruidos existían únicamente porque yo estaba allí para escucharlos. Pude haber cerrado la ventana de la habitación para atenuarlos pero no lo hice. Volví, sin embargo, a observar cómo se duchaba, desde detrás de la cortina.

Unos días después llegó acompañada de un tío con gafas que no levantaba más de un metro sesenta del suelo. A través de la lente de la mirilla ambos parecían aún más pequeños. Los fui siguiendo con la oreja pegada a la pared hasta que entraron en el cuarto —mi salón—. Estuvieron hablando durante un buen rato en la cama. De todo lo que dijeron solo fui capaz de entender palabras sueltas. Hablaron de trabajo, de cine y de gatos, él dijo que no le gustaban, que le daban alergia. Luego nada, hasta que empezaron los gemidos. En pleno frenesí ella le dijo que no le gustaban los tipos callados y le pidió que le insultase. Zorra, dijo el otro, sin mucha convicción. A partir de entonces, el

tipo de las gafas comenzó a venir una o dos veces por semana.

Una tarde escuché el ascensor en el rellano y corrí a la mirilla. Ella venía cargada con montones de bolsas del supermercado, que iba sacando del ascensor con el mismo tesón con el que hizo la mudanza, afanándose en evitar que se le cerrase la puerta. Al meterse en casa, vi que se había dejado las llaves puestas en la cerradura. La escuché dar de comer al gato, y antes de que me diese tiempo a pensar, me vi poniéndome el sombrero y las gafas tintadas, sacando las llaves de la cerradura con mucho cuidado y saliendo a toda prisa. En menos de cinco minutos conseguí llegar a la ferretería, sin resuello. Delante de mí había una anciana esperan-

do. La toqué en el hombro para pedirle que me dejase pasar. Al girarse y verme, el llavero se le calló de las manos. Recorrí los quinientos metros que separan la ferretería del edificio sin darme un respiro, sujetándome el sombrero con una mano y las gafas con la otra. Cuando llegué puse las llaves en la cerradura y me metí en mi casa.

Al día siguiente, cuando se marchó, esperé media hora antes de entrar. Por si se le había olvidado algo. Nunca se le olvidaba nada, pero no quise arriesgar. Entré. Estuve unos minutos con la espalda pegada a la puerta y con los ojos cerrados, intentando calmarme. De pronto, algo me tocó la pierna y no pude reprimir soltar una patada. Era el jodido Flash, que molesto por mi